

La calle para el martes 10 de junio de 2008
Diario de un espectador
Garibay cleptómano
por miguel ángel granados chapa

A sus setenta y cinco años de edad, cumplidos ayer, Vicente Leñero cumple escrupulosamente —como siempre lo ha hecho— su compromiso de escribir mensualmente un texto para la Revista de la Universidad Nacional, bajo el rubro “Lo que sea de cada quien”. En el número de junio habla de un extraño defecto de Ricardo Garibay, escritor a quien Leñero admiraba, aunque reprochó siempre algunos de sus defectos, como “la enfermiza cleptomanía que lo llevaba a sustraer de los escritorios de sus amigos objetos de valor. Él no los consideraba robos; se decía coleccionista de souvenirs, pepenador de recuerdos”.

Con al menos diez años de diferencia, ambos escritores mantuvieron una amistad estrecha, aunque disfrazada, debido a la “comedia del odio” que Garibay había descubierto en el trato entre varones mexicanos. Como no se permitirían jamás gestos de ternura que hicieran dudar de su hombría, los verdaderos amigos fingían desprecio o distancia. Por ejemplo, Garibay apodaba Mezclas a Leñero, porque éste era ingeniero y se había dedicado un tiempo a trabajar en obras de construcción. Atestiguamos su cercanía cuando ambos escribían para las páginas editoriales de Excélsior. Católicos ambos, habían hecho valer sus prendas literarias por encima de los prejuicios anticlericales de quienes dominaban la cultura en México

“Ven acá, Mezclas... Mira lo que le expropié ayer a Rodolfo Echeverría —y extrajo de su bolsillo una hermosa figura de marfil traída de Sudáfrica. En otra ocasión se llevó una pluma fuente del escritorio de Julio Scherer, en Excélsior. En otra un revólver al Indio Fernández. Y yo vi con mis propios ojos cómo sacaba cínicamente una botella de Chateaufort del departamento de Fausto Zapata

“Aunque me daba grima tal manía —ya lo dije— Garibay la compensaba a mi juicio con su calidad de escritor, sobre todo con la íntima humildad con que enfrentaba en sus libretas, frase tras frase, la dura batalla con las palabras de sus textos.

“Cuando le dio por escribir obras de teatro solía telefonarme a medianoche para consultar tonterías: que si resulta excesivo poner a dialogar a cinco personajes en una escena, que si el formato del teatro es idéntico al guión cinematográfico; que si se puede utilizar como personaje a un narrador en vivo. Tonterías.

“Una mañana se presentó en mi casa de improviso.

--Quiero ver al Mezclas, exigió

“Necesitaba leer, dijo sin preámbulos, lo que llevaba escrito de ¡Lindas maestras!

“Al tomar asiento frente a mi mesa del estudio advertí de soslayo, junto a la cajetilla de cigarros, el encendedor de Estela que yo solía usar en casa, solamente en casa. Era un encendedor de oro de veinticuatro quilates con un diminuto reloj incrustado. Más que por su valor económico, mi esposa lo apreciaba porque era un reloj de su padre, entrañable para ella. De súbito, con un impulso defensivo, pensé en esconderlo bajo los papeles, guardarlo en el bolsillo, meterlo dentro de un libro, pero me distraje por la lectura en voz alta que de inmediato inició Garibay, con la brillante dicción de un actor profesional.

“Tardamos un par de horas en el rito; él en leer algunas escenas, yo en felicitarlo por el arranque de su obra y en hacerle observaciones críticas que escuchó y aceptó con la atención de un principiante.

“Hasta que Ricardo se fue de la casa recordé el encendedor de oro. ¿Dónde está, carajo, dónde está? Lo busqué entre los papeles, en mis bolsillos, debajo de la mesa. Era evidente, obvio, ¡estúpido de mí! Estela no volvería a ver jamás el encendedor que le regaló mi suegro.

“Imaginé a Garibay alejándose en su Volkswagen. La izquierda en el volante. La derecha accionada la chispa del mechero para encender un cigarrillo. Su sonrisa victoriosa de cleptómano irredento.

-Pinche Garibay”.